



CONFERENCIA HOMENAJE A JOSÉ ANTONIO JÁUREGUI

17 NOVIEMBRE 2005

Marcelino Oreja Aguirre

*Presidente de Fomento de Construcciones y Contratas
Embajador de España*

Las raíces cristianas de Europa

Excelentísimos señores consejeros,
Señor presidente,
Queridos compañeros de mesa,
Queridísimos Dorita, Eduardo y Maite,
señoras y señores.

Yo quiero, en primer lugar, agradecer a la Institución Futuro por la organización de este bellissimo acto. Quiero agradecerles muy especialmente por la gentileza de invitarme a participar en un acto tan entrañable de homenaje a un muy querido amigo, el antropólogo José Antonio Jáuregui, a quien siempre profesé gran afecto y admiración. Le conocí en un avión hace muchos años viniendo de Bruselas. La providencia quiso que estuviera a su lado durante el vuelo y enseguida comenzamos a hablar. Tuve la sensación, al cabo de muy poco tiempo, de que era un amigo íntimo. Han dicho antes que Eduardo hablaba de un ascensor, lo mío fue en un sitio un poco más amplio, en la cabina de un avión, pero realmente tuve la sensación de que era ya una vieja amistad. Les confieso además que yo quedé prendado inmediatamente por la riqueza de sus pensamientos, la claridad de sus ideas, el rigor de sus planteamientos y advertí ya entonces, y pude comprobar después, su gran bondad y su gran generosidad, virtudes todas ellas que definen un carácter y una personalidad verdaderamente excepcionales.

Después de la preciosa *laudatio* que le ha dedicado su gran amigo Florencio Lasaga, poco puedo añadir yo a sus palabras y me limitaré, antes de entrar en unas



reflexiones sobre las raíces cristianas de Europa, a añadir algún comentario de lo que para mí representaba el Profesor Jáuregui, advirtiéndome de antemano la dificultad de recoger en pocas palabras una personalidad tan rica como la suya, que justifica plenamente este homenaje que hoy le tributamos a este español y navarro ilustre, maestro ejemplar en la universidad y fuera de ella, persona abierta a los demás que mostró siempre un espíritu solidario y abierto verdaderamente.

De entre sus muchas cualidades, yo quisiera destacar especialmente tres: su sabiduría, su patriotismo y su calidad de vida de humanidad hacia los demás. Al hablar de sabiduría yo me refiero al conocimiento profundo de las cosas y no, para eludir toda confusión, a las tres formas de instrucción que se confunden con la sabiduría: la especialización, la erudición y el enciclopedismo. Jáuregui era un antropólogo, pero no quedaba enclaustrado en su especialidad, aunque tuviera un lugar eminente en esa forma de conocimiento. La sabiduría consiste en saber lo que se sabe con profundidad, y en comprender también con profundidad lo que no se sabe. En esto último está quizá el quid verdadero de la sabiduría: en incorporar lo que no se sabe al propio conocimiento mediante la capacidad de comprenderlo, que es otra cosa que saberlo, que es presentirlo, amarlo, colocarlo como por instinto en el orden de las cosas, donde debe estar. Pocas personas he encontrado con esa capacidad como José Antonio Jáuregui.

Otra cualidad suya era la claridad: hay gentes que desprecian esa condición y hay toda una mitología que confunde la sabiduría con la oscuridad. ¡Craso error! Ser invariablemente claro, como Jáuregui, es una de las manifestaciones típicas de la sabiduría porque representa tener toda la capacidad de comprender. Signo también suyo y muy característico fue su amor a España, Florencio ya lo ha dicho, que hizo siempre compatible con su pasión por Navarra. Otra gran cualidad fue la amistad y también el respeto a los demás, aunque no compartieran sus ideas, llegando incluso a amar a sus adversarios. Muestra sublime de ondas raíces evangélicas, a pesar de que el trato que se le dispensó por personas e instituciones fue muchas veces el sectarismo e intolerancia, a los que él correspondió con altura de miras y generosidad sin límites. Debo mencionar, por último, su profunda religiosidad, su espíritu familiar. Recuerdo que en cualquier conversación, donde quiera que estuviera, salía constantemente el nombre de Dorita, su maravillosa mujer y los hijos a los que quiso entrañablemente.

Al ofrecerme los organizadores de este acto que expusiera unas reflexiones sobre Europa en el recuerdo de José Antonio, he pensado hacerlo sobre un tema que él desarrolló en muchas ocasiones y del que hablamos en muchos de nuestros paseos por Bruselas y Estrasburgo, cuando evocábamos cómo el impulso inicial de la aventura europea se debió a tres hombres, los tres católicos: Robert Schuman, de



la Alsacia, unas veces alemana y otras francesa, Konrad Adenauer, de la zona del Rin y Alcide de Gasperi, nacido en Trieste, que sabía de las guerras entre Italia y Austria. Y esos hombres, junto con otros muchos que establecieron las bases de la construcción europea, entre los que hay que destacar a Salvador de Madariaga, con quien tantos años colaboró José Antonio, se apoyaron para su proyecto en lo que siempre ha sido el destino de Europa, que es su capacidad de trascender a la materia y aposentar el espíritu subiendo por la escala de un humanismo que hunde sus raíces en fenómenos de larga e intensa duración, es decir, en grandes raíces histórico políticas.

¿Y cuáles son esas raíces? Podríamos enumerar muchas, pero me fijaré sólo en algunas quizá más representativas. La raíz de Europa es la organización política de nuestra convivencia, es decir, lo que llamamos el Estado social y democrático de derecho. Fue inventado y perfeccionado poco a poco por nosotros, los europeos, entre el siglo XVI y el XVIII mejorando modelos anteriores, como fueron los imperios y los reinos. El Estado europeo actual, fundado en los valores de libertad, de igualdad, de justicia y de pluralismo, es una organización capaz de instaurar poderes estatales reconocidos, en cuanto están legitimados por el sistema democrático. Es una raíz esencial, sin Estado Europa volvería a la selva, como se ha visto recientemente en los Balcanes, Europa, el Estado único bien asentado desaparecería, pues sería absorbida por alguno de los Estados continentales actualmente existentes. Otra importante raíz de Europa es la universidad, que existía en forma de escuelas en el medievo, en forma de academias. Y raíz profunda de Europa son los descubrimientos colonizadores. La gesta comenzó con los fenicios y los helenos a partir del siglo IV antes de Cristo, lo siguió con los germanos, se prolongó a continuación por ellos y el resto de potencias europeas, sobre todo hasta agotar la superficie del planeta.

Raíz principal y muy antigua de Europa, como nos recuerda Jáuregui, es también la filosofía. La minuciosa elaboración de una filosofía perenne que llegó a estar madura ya en la Atenas del siglo V antes de Cristo y que se ha continuado desde entonces y ha producido frutos admirables generación tras generación. Qué decir de la literatura, desde la Ilíada y la Odisea a Séneca y Cicerón, la patrística y la escolástica, el Mester de Juglaría, el Humanismo, el Renacimiento, el Siglo de las Luces, el Romanticismo. ¿No son acaso raíces poderosas de Europa? Raíz es también la jurisprudencia, y lo son también las bellas artes, Europa se autoidentifica en fantásticas creaciones de las bellas artes, literarias, sonoras, plásticas... Es decir, bellas artes, jurisprudencia, universidad, Estado...

Pero hay una raíz que es la más potente de todas, a la que ahora me refiero: es la raíz espiritual y religiosa, la raíz cristiana. La raíz religiosa encarnada en la fe



cristiana ha sido y sigue siendo la raíz histórico-política principal de Europa. La religión cristiana fue y es el motor espiritual de empresas, valores... y ello constituye un hecho histórico que se revela en todas las manifestaciones. Este cristianismo medular de Europa se palpa, como tantas veces evocó nuestro homenajeado, en sus lenguas clásicas singulares, todas las cuales están animadas de miles de expresiones evangélicas de uso permanente, como: adiós, si Dios quiere, vaya usted con Dios, que Dios te guarde, buenos días nos de Dios, por amor de Dios, Dios te bendiga, Dios te lo pague... términos que empiezan a caer en desuso y que nosotros tenemos que empeñarnos en utilizar.

Nombres, símbolos, temas cristianos... connotan la toponimia correspondiente a aldeas, calles, plazas, barrios, pueblos, y los hallamos también en América a donde los trasladaron nuestros misioneros y colonizadores, y dejaron los nombres de San Diego, San Francisco, Santa Fe y tantísimos más. El cristianismo recorre igualmente la poesía, el teatro, la novela europea, mostrándose arrollador en los versos de Dante, de Manrique, de Milton, los autos sacramentales de Lope de Vega, de Calderón, las óperas de Wagner, la narrativa de Chesterton... El cristianismo está presente en la mayor parte de la pintura y escultura europea, que ha representado de mil maneras a Cristo, a la Virgen, a los patriarcas, a los apóstoles, y quizá es la música donde Europa es más cristiana. Son infinidad los compositores que han creado partituras religiosas siguiendo los modelos de genios absolutos como Palestrina, Bach, Schubert o Mozart.

El Papa Juan Pablo II, en Compostela, en el discurso europeísta pronunciado en la catedral en 1982, dijo que la identidad europea es incomprensible sin el cristianismo, porque en él se hallan aquellas raíces comunes de las que ha madurado la civilización del continente. La europeidad, como ha dicho obviamente en un libro que acaba de publicar el Profesor Luis Suárez, *Los creadores de Europa*, es el resultado de una fusión que el cristianismo fue capaz de realizar entre tres elementos: la trascendencia absoluta, de acuerdo con la revelación a Israel; el antropocentrismo helénico y la jurisprudencia romana.

Lo que acabo de decir choca con la percepción que tenemos hoy de que la raíz cristiana de Europa parece estar diluyéndose. ¿Es así en verdad? En principio podría dar esa impresión. Fue puesto de relieve ante la opinión pública con la cuestión de la mención del cristianismo en el preámbulo o la exposición de motivos del Tratado por el que se establece una Constitución para Europa. Aunque seguramente no entrará nunca en vigor después de la negativa de Francia y los Países Bajos en los respectivos referendos, sin embargo es una muestra de lo que se ha respirado durante los debates. Pero lo cierto es que nuestra sociedad europea parece a veces un campamento que ha renunciado a sus creencias



cristianas aunque siguen en pie los símbolos de las creencias que muchos quieren apartar para ser arrojadas al vertedero del silencio. Estos días a veces tenemos la sensación de que la raíz cristiana de Europa corre el peligro de secarse. Eso significaría un gravísimo peligro para la supervivencia del continente como unidad política. Por tanto hay que intentar evitar a toda costa ese riesgo, y la cuestión es cómo se pueden revitalizar las cuestiones cristianas.

Planteo esta pregunta desde la esperanza cristiana, o sea, aceptando que aún siguen las costumbres cristianas vivas, que aún estamos a tiempo de revitalizarlas. La discusión en torno a la inclusión del cristianismo en el preámbulo de la Constitución es sólo un síntoma producto de la actualidad. Pero no ignoro que también es más que un síntoma, al menos en cuanto que pone en entredicho el alcance del principio de aconfesionalidad de las organizaciones política o civiles.

La pregunta que yo quiero plantear aquí es si tal aconfesionalidad es un dogma o es sólo un instrumento para garantizar la libertad de conciencia, de expresión y de manifestación. Esto último me parece más exacto que la simple observación de que estas libertades son razonablemente respetadas por los Gobiernos de muchos pueblos. Pero yo creo que nosotros lo que debemos pedir es que una Constitución reconozca que el espíritu de la sociedad europea no puede descartar al cristianismo, y así lo definió Jáuregui en sus libros. Por eso, en el caso de que en el futuro se volviera a plantear la posibilidad de un Tratado Constitucional, habría que encontrar una fórmula que pudiera soslayar los recelos ya levantados. La Constitución de la Unión Europea, si algún día se acuerda, yo pienso que debería declarar en el preámbulo su fe en Dios y su fidelidad al cristianismo sin perjuicio de reconocer que existen personas que no creen, que no son fieles. Esta toma de posición respecto a esta cuestión concreta de actualidad no debe ocultar un problema de fondo, porque he mencionado el tema de la Constitución, pero declarar en la Constitución de la Unión Europea que los europeos confiamos en Dios o que el cristianismo es fuente inspiradora de la cultura política europea no serviría de mucho si los europeos se convierten en ateos o, lo que es más frecuente, en no practicantes. El problema de fondo es cómo evitar eso.

Nuestros ciudadanos no pueden seguir ignorando que Europa nació como una unidad espiritual. Tampoco se puede seguir ignorando que hubo luchas civiles que utilizaron el pretexto de la religión y causaron demasiadas muertes, y que el estado aconfesional surgió para evitar esas guerras entre creyentes y garantizar el pluralismo de religiones y la tolerancia de todos los que predicán morales, no incompatibles con los derechos naturales humanos. Pero lo que no tiene sentido es querer eliminar la condición de creyentes y prohibirlo.



Después de este rápido recorrido por las raíces cristianas de Europa, quiero recordar también ahora un pensamiento del Papa Juan Pablo II que evocó en muchas ocasiones, también en Compostela en el 82: “Europa, sé fiel a ti misma”. Se plantea un tema de frecuente discusión en nuestros días que se refiere a la identidad europea. Como saben, hay diez países que se han integrado hace poco en la Unión Europea, Rumanía y Bulgaria lo harán en el año 2007, Turquía, país al que el Consejo Europeo ha acordado el pasado 3 de octubre la apertura de negociaciones lo hará en una fecha indefinida, si lo hace, y se ha despejado también el camino para la negociación con Croacia y luego vendrán otros países balcánicos.

Y ahora, a la vista de la avalancha de países que quieren integrarse, una pregunta que yo creo que muchos nos hacemos es, ¿sobre qué cimientos y condiciones debe hacerse la ampliación de la Unión Europea, qué valores son el solar intocable sin el cual no puede mantenerse? ¿Quiénes somos europeos? ¿A qué nos referimos cuando hablamos de la diversidad en sus diversas manifestaciones, histórica, lingüística, cultural, religiosa... como características del ser europeo? ¿Cómo se entra en Europa? No basta con lo que nos dicen los tratados, por eso tenemos que volver una y otra vez a la cuestión de la identidad europea y preguntarnos, como el Profesor Jáuregui, qué entendemos exactamente por esa identidad. ¿Qué significa herencia cultural? ¿Es la acumulación milenaria, que va de la Europa caballeresca y de las cruzadas a la Europa del renacimiento, de la reforma, del Concilio de Trento, la Europa de las luces que se pierden las nacionalidades antes del drama de las dos Guerras Mundiales? ¿Es la Europa del estado providencia o del estado de bienestar?

A la vista de todo ello, ¿qué pista seguiremos? ¿Miramos al pasado, al presente o al futuro? Yo pienso, como el Profesor Jáuregui, que la identidad de la Unión debemos fijarla partiendo de dos ideas: de valores compartidos, que arrancaron del cristianismo y que luego han ido insertándose a lo largo de la historia en cuerpos legales y de la voluntad de querer vivir juntos. Hasta ahora los europeos no hemos tenido nunca más que uniones que han nacido de nuestras raíces comunes. Hemos necesitado mil años, centenares de guerras, pactos, un sin número de dinastías, repúblicas, códigos y constituciones para articular la Europa que conocemos. Ahora se trata de compartir valores y se trata de la voluntad de vivir juntos. En principio debemos separar la identidad de Europa de esas ambiciones pasadas y proyectarlas hacia nuevas ambiciones que tenemos juntos con unos objetivos que queremos marcar para esta comunidad que hemos comenzado a construir.



Pero hay una pregunta de la que se habla con frecuencia. ¿Entre estos valores propios europeos está el laicismo? Hay muchos que afirman que el laicismo es algo típicamente europeo, que es lo que nos distingue por ejemplo de Estados Unidos o del Islam, y que es algo que en definitiva hace de nuestra civilización una de las menos dominadas por valores religiosos. Pero yo creo que esto es incorrecto y exige distinguir entre laicismo y laicidad. Les diré mi punto de vista al respecto. Si laicismo significa borrar lo religioso, no puedo estar en absoluto de acuerdo, en cuanto que lo religioso debe estar también en el espacio público, no sólo en el espacio privado sino también en el público, y en ese sentido afecta a la realidad personal de la dignidad humana.

Como dice el Cardenal Martínez en cartas con Umberto Eco, cimienta esta dignidad en el hecho de que todos los seres humanos están abiertos a algo más elevado, más grande que ellos mismos. Y precisamente por eso les decía antes que el proyecto de Constitución europea debería de haber mencionado la herencia religiosa, que tanto y tan decisivamente ha contribuido a la cultura y al humanismo. Lo que no podemos ignorar es que los valores ideales religiosos de la fe cristiana nacen de la libertad, y en la libertad invitan a ciertas formas de existencia respetando la conciencia y las expresiones de otras formas. El cristianismo, recordemos una vez más, reconoce y apoya lo que son logros definitivos de la conciencia histórica occidental: la libertad del individuo, el reconocimiento de los derechos humanos, la diferencia entre fe y ciencia, religión y política, sociedad e iglesia, democracia, tolerancia y pluralismo. Y dentro de ese marco es donde el cristianismo propone su propia visión de Dios, del hombre, la historia, la sociedad.

El cristianismo se encuentra hoy en Europa entre dos actitudes extremas que pienso que debemos rechazar con igual intensidad: una secularización de la conciencia que quiere eliminar por irreal, falsa y perniciosa a la actitud religiosa en su expresión tanto individual como comunitaria, reclamando de los poderes públicos un rechazo explícito, y un fundamentalismo con expresiones de distinta procedencia que quiere unir religión y política, autoridad religiosa y convicciones a valores públicos. La solución a mi juicio está en otorgar a la religión y a las iglesias un estatuto de realidad pública, es decir, de reconocimiento de una realidad social, cultural y moral que conforma con una u otra intensidad a la inmensa mayoría, otorgándole posibilidad y ayuda para su expresión, sin que eso signifique ni oposición ni exclusión a otros grupos. Para ello Europa debe fijar valores, principios y fundamentos de un ordenamiento jurídico de su proyecto moral y sus objetivos culturales.



La democracia es un marco para un cuadro, pero por sí sola no tiene capacidad para generar contenidos de ésta. ¿Qué contenidos tendrá esa democracia? ¿Desde dónde se sostendrá? ¿Es posible y deseable todo aquello a lo que se llega por consenso democrático en la mayoría parlamentaria? Los derechos humanos ¿son resultado de la pura puesta en común de opiniones? ¿Qué podemos responder cuando ciertos grupos islámicos por ejemplo afirman que los derechos humanos son sólo el resultado peculiar y no universalizable de la cultura occidental y que ellos mediante la vía democrática intentan llegar a formas de política, a valores contrarios a los normativos hoy en Europa? La cuestión está en situar a la religión en su lugar propio. Una sociedad libre, moral, moderna... desenmascarar y superar actitudes irracionales, como puede ser el laicismo en una dirección y el fundamentalismo en otra, siendo plenamente conscientes de que el reconocimiento de la autonomía de los distintos órdenes de realidad en su plano propio es algo esencial para el funcionamiento de una sociedad y esto constituye algo que responde a la identidad de Europa.

No quiero alargarme más y voy a ir concluyendo. He intentado dar algunos rasgos sobre algunos de los problemas que veo en la Europa actual. Las raíces cristianas, la identidad... y lo he hecho de la mano de las ideas del Profesor Jáuregui, expuestas en sus libros, artículos y conferencias. Volver a las raíces es redescubrir constantemente nuestros orígenes. En el helenismo clásico del mundo romano, la cristiandad, el humanismo renacentista, la ilustración, el liberalismo moderno... y yo pienso que no es correcto decir que recordar ese pasado es imponerlo.

El cristianismo es fruto de la libertad, y nace de la decisión de cada sujeto personal. La Iglesia Católica ha manifestado en el Concilio Vaticano II su postura sobre la libertad, la religiosa y las demás. Juan Pablo II lo ha repetido hasta la saciedad y ahora lo hace el Papa Benedicto XVI. Reconocer las raíces cristianas es reconocer los hechos, no imponerlos. Es ignorancia o insolencia confundir ambos planos y decir que con ello se quiere transferir a los demás la identidad europea. El cristianismo, como ha dicho Olegario González de Cardedal, no es sólo viejas raíces hundidas en la tierra, invisibles; son realidades presentes, vivas, son como troncos recios, son ramas anchas, frutos vivos y visibles, son en definitiva instituciones, personas, comunidades... comunidades que afirman con humildad y con coraje su identidad. Con la eliminación del concepto cristiano de la existencia desaparecen fundamentos de muchas realidades que hoy parecen naturales: la categoría de persona, los derechos humanos, la familia y el matrimonio, con la correspondiente defensa social y su protección jurídica... y se produce la pérdida de respeto y el desacato a lo más sagrado, a Dios, a lo que va unida la pérdida de respeto a los símbolos, a las figuras, a las palabras sagradas.



Con claridad meridiana y palabras fuertes el Papa Benedicto XVI denunció en la apertura del sínodo los intentos de desterrar a Dios de la vida pública y advirtió que admitir su culto sólo en el ámbito privado no es tolerancia sino hipocresía. Y saliendo al paso de un nuevo totalitarismo con rostro humano, el Papa advierte que allí donde el hombre quiere convertirse en el único objeto del mundo, no puede existir la justicia, sólo domina el arbitrio del poder y de los intereses.

Esta misma semana, al dirigirse al Parlamento italiano en recuerdo de Juan Pablo II, ha enviado dos claros mensajes. Que la Iglesia, en cualquier país, no pide privilegios, sino la posibilidad de cumplir su misión respetando la laicidad del Estado, la laicidad bien entendida no está en contraste con el mensaje cristiano, más bien es deudora. El Papa afirmó que el estremecimiento hacia lo sagrado es la parte mejor del ser humano. Por eso también los cristianos tenemos también un compromiso ante Dios y ante nuestros hermanos, que Europa tiene que saber, como sabía el Profesor Jáuregui, de qué fuentes queremos beber. Europa tiene que ser fiel a sí misma, haciendo de su inmenso saber y riqueza un fiel servicio a todo lo humano y a todos los humanos. Esa es la explicación a la que yo quiero invitarles en el recuerdo de un hombre ejemplar, como fue José Antonio Jáuregui, cuya memoria permanecerá siempre viva entre nosotros.